

Unamuno según Marías, 60 años después

CÉSAR PÉREZ GRACIA*

No es muy habitual que un libro cumpla 60 años y tengamos la fortuna de que su autor siga entre nosotros. Eso sucede este año con el libro Miguel de Unamuno, publicado en 1943 por Julián Marías. En sus memorias cuenta que no fue fácil publicar ese libro, y me lo corroboró por teléfono hace unas semanas, con estas palabras:

“Un libro en contra de Unamuno era facilísimo de publicar, pero un libro a favor era una temeridad”. El libro tardó

más de un año en ver la luz. Pero la vio. Julián Marías ha demostrado muchas cosas en España. Con el paso de los años — y si no al tiempo— su tesón va a resultar legendario. Por ejemplo, frente a tanto republicano de salón como cunde en la Transición, don Julián tiene a gala comentar que él fue republicano cuando no convenía serlo, es decir, durante la dictadura de Franco. La actual monarquía es una pera en dulce en la que cabe toda discrepancia política.

Quizá una de las claves del Unamuno de 1943 de Marías, el primer libro dedicado al rector vasco de Salamanca, es su afán por aclarar un par de ideas capitales en torno a su heterodoxia en distintos campos. Unamuno es la paradoja palpitable de un teólogo agnóstico que se pasó la vida lidiando con su agónica y dudosa inmortalidad carnal. ¡Qué diferencia con el siniestro teócrata Arzallus! Por fortuna, tenemos un agnóstico valeroso como Fernando Savater. En la página 149, Marías aduce que Unamuno es un heterodoxo frívolo, un heterodoxo a priori. Su escepticismo radical frente a la razón es flagrante. Su forma de creer en Dios se basa en una corazonada —por vía cordial, dice—, al modo en que Pascal sostenía que “hay cosas del corazón que la razón ni imagina”. ¿Qué clase de razón será esa postulada “razón cordial” de Pascal y Unamuno? Ortega dio pasos de gigante frente a esa posición. Todo lo que hace un hombre lo hace por razones líricas. ¿Qué trecho hay entre la razón cordial y la razón lírica, entre la corazonada intuitiva y la fascinación narrativa o ilusión lírica orteguiana?

Hago un inciso para plantear el sabroso tema de la continuidad de nuestra historia intelectual y literaria. ¿Cómo pasamos del metafísico Suárez o de Gracián, los dos genios jesuitas del Siglo de Oro, a personajes como Unamuno, Morente o Zubiri, o al propio Marías? Feijoo es un Gracián menor, pero sin el nivel de Leibniz o Vico. Nuestro XVIII no tiene un Kant. Pero tampoco ensayistas libres como Goethe o el Dr. Johnson, Rousseau o Diderot. Jovellanos es un excelente crítico de Goya, pero le falta holgura de campo intelectual. Y todavía es más penoso el XIX, Menéndez Pelayo es un Gibbon menor (Mor de Fuentes

trajo a Gibbon). En realidad, lo incomprensible sigue siendo el enorme salto de calidad de la generación del 98. Basta comparar a Unamuno con un Balmes, por ejemplo. No digamos el caso de Ortega. En pintura existe una continuidad prodigiosa en nuestra historia —Velázquez, Goya, Fortuny y Rosales, Picasso— y quizá también en música y arquitectura, pero no en la novela o en el pensamiento. No hay un Cervantes en el XVIII —acaso un híbrido feliz de Cadalso y Moratín— y es dudosísimo que lo haya en el galdosiano XIX o en el unamuniano XX. ¿Podemos soñar con un Cervantes del siglo XXI, quizá un Javier Marías en plena forma novelesca? ¿Es disparatado considerarlo ya una realidad?

Julián Marías planteó el problema de la continuidad española en La España posible en tiempo de Carlos III. Esa continuidad existió en campos muy valiosos, el político con el cambio de Austrias a Borbones, y en el campo estético con la pintura, la música o la arquitectura, pero no en la filosofía. Bueno, tampoco Francia tuvo herederos de Descartes en el XVIII, y hasta Comte y Bergson no retoma su tradición filosófica. Otro cantar es la Enciclopedia como divulgación de conocimientos científicos y el papel de Montesquieu, Voltaire y Rousseau como propulsores de políticos revolucionarios o reaccionarios: Robespierre o Bonaparte.

Pero volvamos al punto de partida. Unamuno como intelectual frívolo o escéptico frente a la razón científica del XIX. De ahí, su pose de hurón o gruñón perenne frente a la pretensión de ser filósofo. Su oficio es fabricar poemas y mitos, ser un poeta o un novelista excéntrico —nivolista—. Unamuno ganó su cátedra de griego en la Universidad de

Salamanca en 1891 y en 1901 se convirtió en rector. ¿Qué clase de hombre era este helenista vasco, amigo de emular a Bécquer y Machado con sus poemas, y de ser con sus novelas una especie de Chesterton del Tormes?

Crítica de la razón aforística: Julián Marías despliega en su ensayo unamuniano una crítica frontal hacia el uso y concepto del aforismo, cuyo prestigio barroco fue notable en manos de Gracián, su *Oráculo Manual* fue traducido por Schopenhauer y Nietzsche fue acaso el último aforista. Según Marías, Unamuno nunca se dejó tentar por el aforismo. Frente al adagio gracianesco vistoso —lo bueno, si breve, dos veces bueno— el problema clave del aforismo, su afán de concisión o última palabra —su oraculitis aguda— consiste en cortar de tajo la urdimbre temporal del asunto que se pretende esclarecer. La clave está en que la razón histórica es razón narrativa. Todo lo humano requiere contar una historia. El aforismo apuesta por el fogonazo argumental. Juan Benet era un aforista novelesco, pero esa es otra historia. Por el contrario, la razón vital opta por rondar y explorar las facetas esenciales de cada problema. La realidad no se deja aforizar, siempre tiene recovecos nuevos, su problema clave es la raigambritis o ramificación perenne de sus senderos o raíces latentes. La misión del filósofo es hacer aflorar la red subterránea del inmenso árbol de la realidad. El aforista nos da la parte por el todo. Victor Hugo dijo de Francia que era como un potro jacobino que sueña con establos de seda. Se anhela miniaturizar de un plumazo la pirámide múltiple de la realidad.

Marías acierta al dibujarnos un Unamuno sofista, un pre-filósofo que se desvive y azacana por lidiar a la hidra de la realidad, pero que carece de sensibilidad

teórica rigurosa. En este sentido, el Unamuno válido y valiente para Marías es el teólogo o mitólogo capaz de imaginar el abismo de la ultravida. En concreto, el hombre auto-torturado por la posibilidad de su aniquilación brutal y que se agarra al clavo ardiente de su dudosa inmortalidad. Para Marías, allá por 1943, hace nada menos que 60 años, cuando el autor contaba 29 años —había conocido a Unamuno en Santander en 1934—, en el escritor vasco hay dos perplejidades claves, por un lado, una deficiencia intelectual grave: su escepticismo provinciano frente a la razón filosófica, lo que hace de él un sofista o heterodoxo frívolo, y por otro lado, su faceta de mitólogo novelesco capaz de explorar mediante la imaginación el supuesto continente misterioso de la ultrapersona, la pervivencia en carne propia más allá de la muerte. ¡Ahí es nada! Machado lo dijo en versos graves y profundos: “¿Y ha de morir contigo el mundo mago... la blanca sombra del amor primero? ¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo? ¿Los yunques y crisoles de tu alma / laboran para el polvo y para el viento?” Quizá esa incertidumbre radical es el poso de oro de lo que llamamos —gracias a Unamuno y Marías— el hondón del alma o, lo que es lo mismo, la persona.